

que había colgado por la tarde mostraba con sus brillos la senda que aquellos príncipes tenían aún que recorrer: la curva del camino hecho de arena, el respiro junto a la lumbre de celofán de los pastores, el bosquecillo de ramitas de mirto con sus frutos encendidos de rojo, el puente de corcho sobre la plata remansada del río... Pero, ¿y el regreso?, temía yo por viajeros tan aventurados. Con la mano, adelanté un poco a los tres reinantes de Arabia, por acortar camino. Y, de pronto, viendo aquellos rumbos impacientes por cumplirse, corrí a la despensa y regresé abrazándome a una lata. Después, todo fue oficio de las manos, que se abrieron para dejar una nevada de harina sobre los tejados. Hacedora soberana de aquella minúscula creación, consentí que nevara tibiamente en majadas y caminos, entre huertos y callejas, sobre las palmeras, sobre los rebaños y las alas de los ángeles. Y por fin quedaron las cunetas de Belén fáciles de hollar con la siembra cándida que yo había esparcido para ir y venir sin miedo de perderse. A mi espalda sonaba el balanceo de la mecedora como un tiempo detenido.

-Abuela, ¿a qué hora llegan los Reyes? -pregunté volviendo la cabeza. Levantó ella los ojos y se quedó pensativa.

-Qué sé yo. Llegarán tarde, lo menos a las doce.

Luego nos quedamos calladas, mirando la última mudanza de aquel caserío de barro y de cartón. Bajo la estrella blanqueaban los tejados de punta a punta de la mesa.

Me fui a acostar. En el beso de mis padres noté un ánimo distinto al de otras noches. Permanecieron juntos, viéndome ir.

-A ver mañana..., -suspendió mi madre la esperanza.

Antes de apagar la luz, miré el cometa, a punto de perderse por un borde de la ventana. Aquella, había oído decir, era su última noche entre nosotros; la última noche de su gran viaje por el cristal. Ahora que se alejaba me parecía un fuego venturoso, una invitación a pronunciar deseos en voz baja, como quien despide a un amigo en la distancia con palabras que no escuchará pero que a nosotros nos consuelan. Me metí en la cama. No lograba dormir, atenta a todos los ruidos que pudieran llegar dentro y fuera de la casa. Pero, poco a poco, vuelta tras vuelta entre las sábanas, me fue ganando el sueño.

No sé el tiempo que pasó. Sé que dejé de soñar para oír tres golpes, rotundos y espaciados, en la puerta de casa. Me latió el corazón como nunca lo había sentido, como solo puede latir en presencia de un gran príncipe de las lejanías llegado en medio de la noche al amparo de una estrella. Unos pasos apresurados avanzaban por el pasillo. Oí la llave, que giraba en la cerradura con una laboriosidad que también me parecía nueva: una vuelta, dos vueltas, tres vueltas. Y entonces, temblando de emoción, me llegó la voz de mi madre, aquella inexplicable impaciencia de la voz de mi madre clamando en medio de la noche: «¿pero es que estas son horas de venir?». Me asusté. Me asusté muchísimo. Y me avergoncé de aquel tono de reproche dirigido a una majestad como la que había de estar detenida en el umbral. Temerosa de seguir oyendo afrentas me escondí bajo las sábanas. Y aunque estaba oscuro, cerré con fuerza los ojos. ¡Cómo olvidar aquellas lágrimas ardientes! Igual que a media tarde, yo lloraba de humillación por un rey maltratado. Y hubo de ser así de incalculable la noche de Reyes bajo el gobierno del cometa: solo con las mejillas arrasadas por el llanto -quién se lo iba a figurar- logré por fin dormirme.

¿Cuánto duró aquel sueño tan tristemente conquistado? No sé a qué hora desperté pero aun me envolvía la oscuridad. Estaba sudorosa y tardé un poco en comprender que seguía bajo las mantas. Saqué la cabeza y el pelo revuelto me cubrió los ojos, pero vi que por un resquicio de la ventana ya entraba la luz del día. No se oía nada. Mi hermano no estaba en su cama. Como en un atraganto me vino el recuerdo terrible de la noche, las palabras hirientes de mi madre regresando para confundirlo todo.

Separé despacio la contraventana, vacilante todavía por aquel dolor renovado en la memoria. Primero dudé -lo recuerdo bien-, después sentí que el vértigo me recorría hasta hacerme cerrar los ojos un momento. Y entonces todo se aclaró de golpe, cuando los volví a abrir, porque el milagro, con su necesidad, al fin había puesto orden en los desconciertos. La acera, la farola, los árboles, los tejados, una veleta en la casa de enfrente... Todo estaba cubierto por una capa de nieve inmaculada. Era un polvo delicado, como el que yo había hecho caer la víspera en Belén. Allí, lo único que distraía el candor de la nevada era la forma de unas huellas, unas huellas que subían y bajaban por la escalera de casa para perderse luego tras la esquina. Y su sombra sobre la nieve era tan grande que hacía pensar en el viaje de un gigante cuyos pies desbordaban los peldaños.

-¡Martina, Martina! -gritaba mi hermano desde el salón-. ¡Han venido!



CON LOS MEJORES DESEOS DE LA REAL BIBLIOTECA PARA EL 2022



AVISOS 95

Palacio Real. C/ Bailén, s.n. E-28071 Madrid. Tel.: +34 91 454 87 32 /33 - Fax: +34 91 454 88 67

NIPO: 093-20-007-5
ISSN: 0486-0993
Depósito legal: M-1496-1996

MAPAS Y GRABADOS DE LA BATALLA DE LEPANTO EN LA REAL BIBLIOTECA, EN PERSPECTIVA (II)

El MAP/455, quitando la amplia parte de las estampas dedicadas a la Roma antigua y moderna, abundantes al principio y que hicieron célebre a Lafreri, tiene una acusada naturaleza militar en sus representaciones, mucho más que el MAP/464, esencialmente geográfico. En el MAP/455 hay así, aparte de las operaciones militares mencionadas, representación de la isla de Djerba y su fortificación (61)-(62), de Trípoli, «capital de Berbería», se señala (63), de La Goleta y su fortaleza (34) y (36) -asimismo duplicadas al final de MAP/464-, cuya presencia se debe sin duda al manifestado interés estratégico de Felipe II en el Mediterráneo occidental tras Lepanto. Por tanto, que el volumen se formó para consulta de una alta personalidad de gobierno es evidente y pretende ofrecer información más allá de los hechos de armas pasados o aún por suceder, reflejando su realidad de escenario geográfico, o de fortaleza existente. A tal efecto, se muestra hasta el orden de batalla a pie que presenta el Gran Turco, tanto frente a cristianos como frente a persas, advierte una cartela, rodeado de sus tropas, listo para emprender batalla terrestre (33), en estampa que firma Lafreri en 1566 y que se halla asimismo en el MAP/464 (131).



Estos volúmenes con representaciones de la ocasión de Lepanto, MAP/438, MAP/454, MAP/455 y MAP/464, proceden muy probablemente de don Diego Sarmiento de Acuña, I conde de Gondomar aunque solo haya una entrada que pudiera hacer factible la identificación en el *Índice* de 1623 (BNE, mss. 13593-94). Dentro de la sección «Libros de Cosmografía y Geographia y descripción del Cielo y la Tierra», hay otros grandes atlas cuyo asiento encaja perfectamente con dos de ellos [Cfr. Manso Porto 1996: 477]: «*Variarum Mapparum ac tabularum Geographicarum*. 2 volumina. F». Así, los volúmenes con signatura MAP/454 y MAP/464 llevan *olim* topográfico gondomariense, con referencia a la sala, estante y cajón que ocupaban en su librería de Valladolid. El asiento del índice es concordante con el título de la portada del MAP/464 en algunas palabras clave (*Geografía. Tavole Moderne...*). Pero la seguridad de la procedencia -conciliada con el hecho de que no se reconociera en el índice- la otorga la circunstancia de que, en la portada del *Índice*, de mano de Enrique Teller, bibliotecario del conde, se indica que este se ha completado «en su casa de Valladolid, hecho a último de abril del año 1623», y en letra menor se advierte: «Faltan de añadir aquí los libros y papeles que estén en Madrid y en Gondomar; que todos se han de traer y juntar en esta librería» [Manso Porto 1995: 419].



Louis Morin, *L'infant prodige*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF /3144]

Estarían, por tanto, en la corte estos cartapacios, salvo dos sí existentes en Valladolid, y es lógico que no se hallaran los demás en la tan amplia biblioteca vallisoletana de la Casa del Sol sino que, dado que eran propios de uso en acción de gobierno, estuvieran en el momento de realizarse el *Índice* en la casa del conde en la corte, pues en Madrid residía amplios períodos tras regresar de su embajada en 1622. Había sido nombrado, además, consejero de Estado cuando vino de forma inesperada el príncipe de Gales al año siguiente, el mismo de la elaboración del *Índice*. En su domicilio madrileño, precisamente por esa condición de hombre de estado, tendría despacho y cuarto con papeles de gobierno y libros para su día a día. Fue en ese domicilio en el que murió doña Constanza, su mujer, el 28 de febrero de 1632 [Gascón de Torquemada 1991, 334]. Y en Madrid residía don Antonio, el hijo, cuando tuvo el choque personal con Olivares, siendo llevado preso al convento de las calatravas el veinte de julio de 1626 [Gascón de Torquemada 1991, 269]. Don Antonio hizo luego carrera diplomática como su padre, sin su rango, pero tuvo alta representación de S.M. en el Franco Condado hacia 1640, por ejemplo, por lo que asimismo serían de su interés estos grandes cartapacios de mapas, trazas, planos, vistas y escenas bélicas tan significativas para lo que había sido la acción de la Monarquía décadas atrás.

Esta tipología de volúmenes facticios de estampas navales y cartografía costera con fortificaciones y trazas de plantas de ellas, en gran formato, cuadra en efecto con los intereses logísticos de personalidades de gobierno de la Monarquía, en su más alta significación, como eran los diplomáticos o los militares de alto mando, por lo que el origen de la colección es atribuible al abuelo de don Antonio, don Lope de Acuña. Cabe recordar, además, las dos relaciones de la batalla de Lepanto [Avisos 28, 2002] y que se hallan en la correspondencia de Gondomar por proceder de su suegro don Lope, militar de prestigio, una de ellas sobre papel turco tomado en la propia batalla. Por tanto, estos volúmenes lafrerianos podrían igualmente venirle a Gondomar por herencia de su suegro, específicamente el MAP/455. Recordemos que don Lope fue un militar muy

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXVII, NÚM. 95 (SEPTIEMBRE - DICIEMBRE, 2021)

señalado, de la casa de los condes de Buendía, pues era bisnieto del primero, y se desempeñó como general de caballería activo en el Milanesado, siendo gobernador de plazas como Mortara, Pontestura, Valenza del Po y Alessandria, e igualmente luego en Siena, incorporada al control hispano en los años cincuenta tras la guerra llamada de Siena. En 1555/57 fue maestro de campo de Tercio en Lombardía y pasó más tarde a servir a Flandes como lugarteniente general del arma de caballería a partir de ese 1557. Murió hacia 1573/74, se cree, en torno a los cuarenta y cinco años, y siendo uno de los militares de más confianza del duque de Alba.

Con esa trayectoria, no extraña en absoluto que copiara don Lope cartografía relacionada con el ámbito mediterráneo - hay en los MAP/455 y MAP/464 vistas y planos de ciudades italianas, destacando dos, de Milán y de Nápoles, ésta de amplia dimensión, plegada- y, de hecho, es la opción que más cuadra como posibilidad de procedencia dadas las fechas de impresión de las estampas. La última impresa del MAP/464 es de 1572, y la más tardía del MAP/455 corresponde al año de 1574. El contenido del map/454 también se ajusta a una procedencia vinculada a don Lope de Acuña ya que las representaciones que contiene llegan hasta 1566 y las numeradas del 15 al 23 ofrecen mapas de Francia y Países Bajos muy representativos, sin duda, de su interés en sus estancias militares en Flandes. El testamento de don Lope es de abril de 1573 pero no está claro si murió al poco o ya pasados los meses siguientes, el año sucesivo. En el testamento, publicado por Anastasio Rojo [<https://investigadoresrb.patrimonionacional.es/node/6194>], alude a sus estancias en Milán, aunque señala que se disponía a ir Flandes, estando de partida, dice en él. En el testamento se señala que en 1576 le hizo un privilegio en Madrid S. M. de mil ducados de renta al año en Nápoles, lo cual induce a creer que hay error en la transcripción de esa fecha o en la transcripción de la data del testamento, que podría tratarse más bien de 1566.

En todo caso, hombres de gobierno en Italia, del rango de Acuña, o su yerno Gondomar en sus labores diplomáticas, requerían tener conocimiento geoestratégico de plazas, territorios y operaciones militares pasadas para afrontar las futuras, y se necesitaba conocer al enemigo en sus modos de actuación y en sí mismos. A ello se debe -operaciones militares aparte- la presencia de una gran vista de Constantinopla fechada en 1570, la de Claudio Duchetti [MAP/455 (65)], que trabajó asiduamente con su tío Lafreri, del que heredó la mitad de las planchas.

Pero existe otra seria opción de procedencia: la del cardenal Antoine Perrenot de Granvelle, pues meses antes de la operación militar de Lepanto fue nombrado virrey de Nápoles. En concreto, Felipe II firma la patente real en Aranjuez el cuatro de mayo de ese año de 1571 [AGS, *Secretarías Provinciales*, vol. 132, f. 189]. Se mantendría en el cargo hasta 1575.

Se indicó antes que don Antonio Sarmiento fue legado diplomático de S. M. en el Franco Condado hacia 1640 y, en efecto, estuvo en Besançon coincidiendo en el tiempo con la dispersión de las colecciones familiares de los Granvelle tras la muerte en 1637 del último vástago, si bien indirecto. El último sobrino directo del cardenal, François, conde de Cantecroix, falleció bastante antes, hacia 1607 en Praga, y a raíz de una demanda de los herederos se hizo inventario de bienes desde ese año incluyendo los libros en poder entonces de la noble casa borgoñona. Pero ese inventario [Waille ed. 2017] presenta al menos dos cuestiones problemáticas: no hay certeza de que todos los asientos pertenecieran solo al cardenal y hombre de Estado de los Habsburgo pues en la propia portada ya se indica que era de la familia «des Granvelle» (*), lo cual puede incluir a los sobrinos ya fallecidos. Además, recordemos que los del cardenal tenían un superlibros heráldico con el *molto* «Durate» [<https://encuadernacion.realbiblioteca.es/exlibris?identificacion=&localizacion=All&clave=granvelle>, tomado de RB, X/268] pero no se distingue procedencia individualizada. Constan libros -se deduce- de su padre Nicolas, de él mismo, de François el sobrino y de más familiares, si bien en la última sección, «Autres livres dans une grande caisse», (ff. 76-80), que contiene 121 asientos, hay dos entradas correspondientes a un mapamundi que pueden convenir al inicio del volumen MAP/464 y del MAP/454, encabezados por sendos mapamundis.

Por otra parte, se señala en el inventario que los libros estaban entonces en Besançon, pudiendo ser por tanto solo los que el canciller tenía en su localidad natal, pero se sabe que el cardenal tenía al menos otros tres depósitos librarios: en Bruselas, donde sumando períodos de años estuvo tiempo como hombre de gobierno de S. M.; en el chateau de Cantecroix, cerca de Amberes, y también tenía el estadista una librería itinerante, de gobierno, que le acompañaba donde él desempeñaba su servicio gubernativo para los Austrias madrileños. Por tanto, es fácil que en ese inventario de 1607 esté solo una parte del *corpus* total de su librería personal. De hecho, al morir en 1586, dejó en Madrid papeles y manuscritos de gobierno, no pocos de la última librería gubernativa indicada.

Todo lo anterior remite, en cualquier caso, al fondo Gondomar de la Real Biblioteca. En él hay una parte de fondo Granvelle, en concreto un centenar de volúmenes epistolográficos, que abrigan correspondencia de gobierno del borgoñón, y además algunas piezas librarias identificadas. Una de ellas es, precisamente, un gran volumen con trazas manuscritas de fortificaciones de autoría italiana, que ha identificado como de su posesión el profesor Bouza [*Avisos* 2, 1996], el cual resaltó en *Avisos* el interés por esta tipología de piezas por parte del canciller no solo en los años cincuenta, la datación de las dichas plantas, sino mucho antes, ya en 1537, cuando aún se formaba en Padua. Lo que no se sabe es la circunstancia exacta de adquisición por los Gondomar de este fondo, es decir, si fue por parte del embajador don Diego, que, residiendo en Madrid, hubiera

a dormir en el salón, en una mecedora colocada junto a la mesa donde habíamos puesto el nacimiento. La misma mecedora que ahora me sostiene a mí para llevarme de nuevo junto a ella, aquella tarde.

-Niña -me llamó una de las veces que pasé a su lado creyéndola dormida-, esa oveja.

Con el bastón señalaba a una figurita caída en uno de los fértiles campos de Belén. En aquel redil, que tenía el suelo hecho de musgo, el desorden alcanzaba a más piezas del rebaño. Mi abuela había reparado solo en una de las ovejas, pero el pastor que debía vigilarlas andaba también caído por los suelos. Y el perro estaba de hocicos y pataleando al aire, medio enterrado en las blanduras de la tierra. Repuse a los caídos, rescaté al que se hundía en el terreno y junté un poco a los corderos. Luego, extendí los ojos sobre aquella función de ángeles, pastores y animales, todos concertados en un hechizo silencioso que, de extremo a extremo de la mesa, debía llevarlos de una vida pobre y acaso fatigada al consuelo de una contemplación que iba a llenarlos de luz. Al menos eso predicaba año tras año don Aurelio. Se lo había vuelto a oír la otra noche, en la misa del gallo: el milagro de que un niño en un pesebre, una novedad tan modesta, se bastara para alumbrar las voluntades de cuantos se acercaban a él.

-Martina, ¿qué te pasa? -me sorprendió mi abuela.

No recuerdo qué respondí. ¿Que estaba aburrida?, ¿que no nevaba?, ¿que había amargado la esperanza de mi hermano? Cualquiera de aquellas apremiantes desazones pudo ser. Lo que no olvidaré fueron las palabras de mi abuela, que entonces me parecieron desentendidas de la gravedad de mis tristezas:

-A este nacimiento le falta la estrella.

Era cierto: faltaba la luz, la luz que lo alterara todo, como la antorcha del ángel rasgando la noche para que un inocente soñara milagros bajo la helada. Y la luz que reclamaba mi abuela, la que acaso se mecía en su memoria cuando contemplaba el Belén desde su asiento, había de ser un fulgor pálido y candente, al modo del cometa que confundía al mundo con su ojo abierto por encima de las casas, la misma luz que ya lo confundiera cuando ella era una niña, pero capaz, entonces y ahora, de ilustrar el misterio de las esperanzas frágiles, los ánimos de un pueblo entero echado a los caminos, los pasos comunes de herreros y lavanderas, de pastores y cardadoras de lana, de sastres y de zapateros, de tintoreros y de aguadoras, de jugadores de naipes y de reyes venidos de muy lejos, todos admirados de poderse consolar con el llanto de un niño sobre el que ardía un lucero.

Me pasé la tarde componiendo una estrella. Y, mientras lo hice, me olvidé de todo lo demás. Dibujé, recorté, pegué. Mi abuela volvía a dormir pero corrí a despertarla para que viera aquella luminaria cuando la tuve colgada de una ramita de sauce que fui a buscar a la ribera. Apagué la luz antes de remover aquel cuerpecito vestido de sayas que era mi abuela. Ahora pienso que hubo de salir de un sueño para entrar en otro. Cuando abrió los ojos, la luz de una farola que se colaba por la galería, iba a renovarse en aquella hechura liviana inclinada sobre el portal que yo acababa de colgar. Y era como si la estrella de cartón ardiese y vacilase, resuelta en la luz de la farola.

-¡Madrita, madrita! -murmuró mi abuela. Y entonces, con un gesto tembloroso, señaló con el bastón a la ventana.

Anochece y el cometa conquistaba otra pulgada del cristal. Me pareció más brillante que las noches previas, más cegador que nunca. Por primera vez sentí ganas de bajar a la calle, de someterme al temblor de las estrellas recién estrenadas. Me puse la bufanda sin que me lo mandasen y me eché a andar por las callejas del pueblo. Como si la luz que yo había puesto en el Belén alumbrara por primera vez el mundo, contemplé las ventanas encendidas. La más luminosa era la de mi casa, con aquella galería donde, ahora lo advertía con sorpresa, se multiplicaba el cometa en los cristales. Seguí andando y contando luces, que todas las ventanas parecían encenderse en mi camino. Cuando estuve frente a la casa de Milita noté empañados los cristales. Un frío nuevo y deseado me invadía mientras mi amiga limpiaba con la manga del jersey el ventanal y pegaba la nariz a aquel círculo recién abierto que se asomaba a la noche incendiada. No llevaba el pañuelo anudado al cuello. Con gestos enérgicos me pedía que me acercase al portal. Oí sus pisotones alocados en la escalera, la voz de su madre persiguiéndola para que se abrochara el abrigo y bajara más despacio. Nos abrazamos en la acera, chillando de felicidad. Recorrimos las calles de la mano. Todo parecía nuevo, recién alzado para nuestra admiración. Vimos humo en las chimeneas escalando lentamente el cielo. La luz del cometa nos guiaba y, de pronto, crujía la tierra, como si la hubiese inundado la helada para dejar memoria de nuestros pasos en el aire. *Cric, crac, cric, crac*. Llegamos agitando la noche con aquel concierto de los pies hasta el límite de las casas. Y allí nos detuvimos. Volvió el silencio al mundo. De lo oscuro, al cabo de un poco, llegaron balidos dulces que nos llenaban los oídos, lentos como olas fallecientes. «¿Y si fuera un camello?», le dije a mi amiga. Milita me miró sin comprender. Señalé el cometa que temblaba sobre nuestras cabezas. «Estás loca», dijo, y echamos a correr, felices de ir juntas bajo la confusión de las estrellas. Yo regresé sofocada, con la bufanda agobiándome el cuello y las manos fogosas fuera de los guantes.

Después de la cena todo pareció entrar en una gran calma. Junto al nacimiento, con el pijama puesto, me entretuve en mirar las tres figuras a la grupa de los camellos, aún lejanas del portal. Salían del desierto de serrín y la estrella de purpurina

patía y su solvencia, algo podía él mediar en la embajada de pedir para que se me diera. No sabía explicar cómo se producía aquel comercio secreto, renovado cada invierno, pero estaba segura de que él se las arreglaba para resolverlo con naturalidad. Y siempre era así: lo que yo le confiaba al padrino cada año, aparecía envuelto junto a la chimenea de casa la mañana de Reyes. Pero aquella vez, cómo olvidarlo, hubo una reserva nueva.

-No sé yo si los Reyes podrán venir este año -previno inesperadamente la voz de quien nunca había dudado.

Y entonces fue mi madre la que demostró una fe sin fisuras en su venida, y se dirigió al padrino como si fuera un simple que temiera lo que no se podía temer. Mi padre callaba pero se le veía divertido con aquellos coloquios sembrados de duda y esperanza.

-Yo solo digo una cosa -advirtió el padrino, como quien no acaba de ceder del todo en sus premoniciones-: si no nieva, los Reyes no vienen.

A lo mejor solo eran ganas de enredar. Pero yo me vi, lo recuerdo bien, desamparada ante aquella fatalidad que no entendía.

-Pero, ¿por qué?

El padrino descendió a mi altura para responder poniéndome sus manos en los hombros. Bajo su figura en cuclillas sobresalían las puntas inmensas de los zapatos, dos barcas negras sobre el claro mar de las baldosas.

-Pues porque los camellos necesitan la nieve para dejar huellas y no perderse en el camino de regreso.

La explicación del padrino, que pedía un mundo nevado para transitar, me pareció de lo más lógico. Y no reparé en que los tres señores de Arabia hubieran logrado llegar otros años y volver sin extravíos en ausencia de los copos que dejan los caminos blancos para escribir en ellos los rumbos más secretos.

Desde que oí dudar al padrino de las industrias mágicas de los tres Reyes de Oriente para ir y venir seguros por el mundo, entré en melancolías que procuré distraer paseando por el pueblo. Aquel ejercicio, que me llevaba a aventurarme por sendas que dejaban atrás el caserío, agrandaba mis soledades infantiles. Todo me parecía ruinoso y lleno de abandono: faltaban las ovejas en el campo, que estaba seco y nada ofrecía que pastar; apenas corrían los regatos, exhaustos tras un otoño que tampoco había querido henchirse con las lluvias; la campana de la iglesia, oída en la distancia, me parecía moribunda en el paisaje empobrecido; veía el pueblo al atardecer, saliendo de un camino, y no había una sola luz en las ventanas para recibir mis pasos. Por si aquellas agonías no bastaran, mi mejor amiga, Milita, estaba enferma y sujeta a la cama. En casa, con mi hermano pequeño dando la murga, mi madre afanada en mil labores, mi abuela dormitando y mi padre quejoso de los que gobernaban el país, me sentía sola en las preocupaciones; sola -presentía confusamente- bajo el peso de una estrella que enviaba adversidades remotas contra mi ilusión.

-¿Qué le pasa a esta niña, que no come? -preguntaba mi abuela.

-Anda aburrida, la pobre -respondía mi madre.

-Eso es bueno. Hay que aprender a aburrirse -solventaba mi padre con tan extraña pedagogía la congoja que a mí me dominaba.

Pasó la Nochebuena, pasó el día de Navidad, llegaba la víspera de Reyes y no nevaba. Aquel imperio del sol ni siquiera lo paliaban las heladas. Yo seguía deambulando por las calles, yendo y viniendo sin rumbo, parándome ante la casa de Milita. Alguna vez, como si nos comunicáramos en secreto, se asomaba ella a la ventana cuando llegaba yo. Llevaba un pañuelo anudado en la garganta que la hacía parecer deforme, como si le faltara el cuello. Con sus trenzas negras me hacía unos molinetes a modo de saludo. Yo respondía con la mano y seguía caminando. De vuelta en casa prolongaba las peregrinaciones pasillo adelante. Alguna vez hice tropezar a mi madre, cargada con alguna cosa entre las manos. Luego era mi hermano el que se daba de bruces contra mí acarreado dos cajas de pinturas y un cuaderno.

-¿Cuándo llegan los Reyes? -me preguntó-. Voy a dibujarles el nacimiento.

-No van a venir -le respondí llena de contrariedad.

¡Ay, aquella pena exaltada, aquella sentencia injusta dicha casi con las lágrimas brotando! Aun recuerdo la angustia horrible que me invadió por haber negado. Mi hermano, nunca lo vi tan desvalido, se quedó inmóvil ante la puerta de la habitación que yo cerré con un golpazo. Me eché a llorar sobre la cama, no sé si por tanta inocencia como acababa de ofender o por un desengaño propio que me apartaba de certezas que siempre me habían consolado. Y temí, por primera vez en mi vida, que mi duda fuese cierta.

Solo mi abuela reparó en las murnias con las que yo iba y venía por toda la casa aquella víspera de Reyes. Solía sentarse

tenido conocimiento de que allí habían quedado los papeles y manuscritos del gobierno del cardenal -aunque hay relación de todo ello y no hay volúmenes de estampas ni trazas, ni tampoco ese centenar de cuerpos de cartas, que pudieran haberse dejado fuera por alguna razón [Gachard 1862]-, o bien si fue su hijo don Antonio quien se hizo con el fondo en Besançon, hipótesis avalada por el hecho de que este acrecentó la biblioteca familiar de la Casa del Sol en Valladolid, como delatan las ediciones con pie de imprenta posterior a la muerte de don Diego y los numerosos volúmenes de correspondencia del cardenal [Moreno 2005: 45-47]. El caso es que uno u otro se hizo con el *fondo Granvelle* palatino, en el que consta una pieza importante suya, después de procedencia gondomariense, de la misma tipología que las que comentamos.

Como es lógico, el cardenal adquirió libros, incluso singulares, durante su virreinato napolitano. De hecho, en Besançon hay un conjunto de códices iluminados del siglo XV que proceden de Nápoles [Brunet & Toscano 1996]. Estando como virrey de Nápoles durante la ocasión de Lepanto y años después, no tendría nada de extraordinario que hubiera formado estos cartapacios de estampas, mapas y vistas que nos ocupan. De las operaciones bélicas posteriores a Lepanto en el ámbito mediterráneo, es lógico que quisiese tener representaciones, mapas y vistas de territorios o ciudades en los que se proyectaron operaciones bélicas coincidentes con sus años de virreinato, como son las series que tratamos. Además, hay dos hechos que no conviene descuidar: en estas agrupaciones abundan las estampas intercaladas de la Roma Antigua, materia muy de su interés, sobre todo en toda la primera parte del MAP/464. Se trata de grabados impresos por Lafreri. Y, en este sentido, es destacable que Lafreri nació muy cerca de Besançon, es decir, era paisano de monseñor Granvelle y siendo impresor de cartografía y estampas tan notable en Roma y dando a la luz la serie lepatina, raro sería que no se la hubiera remitido el propio Lafreri, o que la hubiera pedido el cardenal, sabedor de su existencia. Cualquiera de las dos opciones aquí propuestas es factible, por tanto, aunque ninguna de las dos sea plenamente demostrable. En el caso de Granvelle, consta que Fernando de Lannoy, ingeniero y cuñado del prelado -casado con Margarita Perrenot-, le pidió un grabado de la batalla de Lepanto que tenía el cardenal para hacer una gran pintura a partir del mismo, pues aparte de buen tracista su veta artística le llevaba a la pintura. Asimismo, hay que considerar la entrega que hizo Granvelle del estandarte de la Liga Santa a don Juan de Austria, en Santa Clara de Nápoles, hecho del que se hizo luego una medalla conmemorativa [Pérez de Tudela 2019: 53]. En 1574, Margarita Perrenot aportaba fondos para ayuda de los soldados en su lucha contra el turco en el contexto de la toma definitiva de Túnez por el poder otomano.

La importancia de la materia turca en el Mediterráneo hizo que, lógicamente, no solo el oficialista Lafreri se ocupara de ella sino que Camocio, por ejemplo, estampara al menos varias representaciones lepatinas y alguna de las operaciones posteriores. Se hallan en el MAP/613, volumen igualmente encuadernado en época de Fernando VII, en pasta valenciana marrón, en formato mucho menor al de Lafreri, pero muy propio para uso doméstico o privado, o más para viajeros que para uso de un hombre de Estado interesado en visualizar plantas de fortificaciones o espacios geográficos pensando en posibles movimientos o ataques de tropas, como es el MAP/455.

El MAP/613, que no se localiza tampoco en el índice gondomariense pero pertenece al conjunto de volúmenes facticios comentados con muy probable procedencia de don Diego, contiene sesenta y dos vistas, mapas, planos y cinco grabados. La serie de Camocio, según el registro *on line* de la BNE, se compone de seis hojas, en el ejemplar R/31374. El de la Real Biblioteca solo ofrece cuatro. Estas representaciones de Camocio fueron impresas en su taller de Venecia y su factura, en la generalidad de las representaciones del volumen, enlaza mucho más con un concepto cartográfico de décadas atrás que no ya con la realidad existente a la altura de 1570, si bien las de Lepanto [MAP/613 (59), (60), (61) y (67)] son muy lafrerianas, con textos en italiano bastante explicativos y con información de las galeras junto a ellas. La (61) se fecha ya en 1572 pero la (60) lleva el año de la batalla por lo que hubo de estamparse hacia noviembre, como las planchas de Lafreri. La (67) no es representación espacial sino ornamental, es el remate del estandarte otomano. La (59) ofrece la disposición en orden de la armada de la Santa Liga, la (60) de las dos armadas y la (61) el choque en combate entre ambas, aunque no con la atmósfera de inmediatez y realidad de Lafreri, sino a distancia y una perspectiva más aérea, a vista de pájaro. Camocio sigue de cerca a Lafreri pues una es copia idéntica pero en formato mucho más reducido: reproduce la lafreriana del MAP/455 (46), que mide 42x54 cm de huella en una estampa de solo 15x20 de huella. En el MAP/612 hay producción camociana asimismo de entre 1571 y 1574 pero ya se indicó que ninguna relativa a Lepanto ni a hechos de armas asociados. En la agrupación de volúmenes mencionada más arriba, se tiene la percepción de que alguno más de los referidos MAP/464, MAP/438, MAP/454 y MAP/455 hubo de pertenecer a Lope de Acuña. Los referidos son menos dudosos porque ninguno excede en su contenido el año de 1574, el de la posible muerte de don Lope. El MAP/612, de Camocio, tampoco pasa de 1574. Existe otro volumen, el IX/M/190, que incluye, entre otras, setenta y seis estampas de Lafreri, muchas de motivo romano antiguo, y por datación tampoco superan el año de 1574. A la vista de todo el conjunto se obtiene la franca percepción de que tanto los volúmenes con representaciones lepatinas como los que no las incluyen, serían una herencia llegada a don Diego procedente de su suegro don Lope. Si al hombre de armas le habían enviado con puntualidad una narración de la batalla escrita sobre papel turco, poco extraña que no tuviese grandes estampas de la tan pensada ocasión militar y de todos los hechos de armas navales precedentes y posteriores a la misma. Precisamente estos últimos resultan más significativos porque llevarían a la tregua hispano-otomana.

En el catálogo de estampas del Monasterio de San Lorenzo del Escorial de López de Zárate [1992, VII: 33-95], donde se incluye una introducción sobre la trayectoria de Lafreri, consta un elevado número de estampas suyas pero solo una de las que nos ocupan, la de la batalla de Navarino de Marcantonio Colonna, [Esc. 28-II-1, f. 28; López de Zárate 1992, VII: 37], lo cual acrecienta la singularidad del conjunto de la Real Biblioteca. El CCPB ofrece diversa producción de Lafreri contenida en volumen, sin mención de las estampas que se comentan. Por cierto, en la base de datos en línea de BNE se referencian sesenta y tres estampas lafrerianas, solo una del XVII, el resto del XVI, casi todas hechas en vida del grabador y mayormente sobre Roma, pero no aparece ninguna de las navales que comentamos. Ciertamente, cabe la posibilidad de que existan y de que carezcan aun de registro en línea.

Cuando se ha tratado de la representación de la batalla de Lepanto en la RB -Morales, López Serrano-, solo se ha indicado su existencia, sin aludir a las operaciones militares navales anteriores y posteriores representadas en el área mediterránea oriental ni tampoco en la occidental, como las muy relevantes de Túnez, cuando lo cierto es que en muy pocos años hay una concentración de hechos de armas navales que conviene juzgar secuenciados en toda su significación. Se muestra, así, en esos cuerpos facticios comentados, como en un friso, la dimensión global de las operaciones militares navales en el período que va de 1565, desde el fallido asalto otomano a Malta, hasta la toma definitiva de Túnez de 1574. La interpretación histórica del hecho bélico acaecido en Lepanto parece, por tanto, que hay que abordarla en el contexto de esa sucesión bélica de una década y no como un hecho aislado objeto de una interpretación prevalente y distorsionadora.

Todas las estampas se hallan descritas en el catálogo en línea de la Real Biblioteca, alojado en el sitio web www.realbiblioteca.es.

(*) Interesaría la última sección, donde hay libros ubicados en un cajón grande, ámbito físico propio para estos cartapacios de mapas, vistas y estampas, y donde hay 121 entradas en ff. 76-80: «Autres livres dans une grande caisse». De los 1305 títulos de ese inventario de los Granvelle se han localizado unos setecientos.

REFERENCIAS

BOUZA, Fernando, «Aulcuns deseings des places de Pays Dembas. El cardenal Granvela y una planta de Valenciennes, fechada en 1553, del ingeniero milanés Giovan María Olgiate», *Avisos. Noticias de la Real Biblioteca*, 2 (1996). Se trata del volumen facticio con signatura MAP/416.

BRUNET, Jacqueline Brunet & Gennaro Toscano (coords.), *Les Granvelle et l'Italie au XVIe siècle: Le mécénat d'une famille*. Actes du colloque international organisé par la Section d'italien de l'Université de Franche-Comté, Besançon, 2-4 octobre 1992, Besançon, Cêtre, [1996].

GACHARD, Louis Prosper (ed.), *Inventaire des papiers laissés par le cardinal de Granvelle a Madrid en 1586*. Bruxelles, C. Muquard, 1862. [Sigue una primera edición del inventario de 1607].

GASCÓN DE TORQUEDADADA, Jerónimo, *Gaçeta y nuevas de la Corte de España*, Madrid, Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, 1991.

LÓPEZ DE ZÁRATE, Jesús María (ed.), *Real Colección de Estampas de San Lorenzo de El Escorial*, Madrid, Patrimonio Nacional-Ephialte-Universidad del País Vasco, 1992, vol. VII, JOD-MUL, pp. 35-96.

MANSO PORTO, Carmen, *Don Diego Sarmiento de Acuña, Conde de Gondomar (1567-1626): erudito, mecenas y bibliófilo*, [Santiago de Compostela], Xunta de Galicia, 1996.

MORENO, Valentín, «Letras misivas, letras humanas, letras divinas. La correspondencia del cardenal Granvela en la Real Biblioteca y sus cartas de autores», *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos, IV* (2005), 31-55.

PÉREZ DE TUDELA, Almudena, «El cardenal Granvela y su amistad con don Fernando de Lannoy: (1520-1579)», en *Ser hechura de: ingeniería, fidelidades y redes de poder en los siglos XVI y XVII*, Alicia Cámara Muñoz, Margarita Ana Vázquez Manassero (coords.), Madrid, Fundación Juanelo Turriano, 2019, pp. 49-62.

TOSCANO, Gennaro, «Mécènes et artistes du libre dans l'Italie du Quattrocento: manuscrits enluminés provenant de Naples dans les collections du cardinal de Granvelle», en *Les Granvelle et l'Italie au XVIe siècle: Le mécénat d'une famille...*, Besançon, Cêtre, [1996], pp. 25-42.

WAILLE, Marie Claire (ed. lit.), *La bibliothèque des Granvelle: inventaire des livres et manuscrits présents au palais Granvelle en 1607. Edition du Ms. 1627, f. 38-80, de la Bibliothèque Municipale de Besançon. Mémoires et documents inédits pour servir à l'histoire de la Franche-Comté. Tome dix-huitième*, Besançon, 2017.

NOCHE DEL COMETA

Pablo Andrés Escapa

Por si no lo saben, el vaivén de una mecedora invita a cerrar los ojos pero aviva la conciencia. Y hoy, meciéndome sobre el mismo balancín que hace muchos años fuera de mi abuela, a mí me alcanzó la memoria de unos días de la infancia. Era Navidad y sobre el mundo que yo veía entonces desde la ventana pasaba un cometa. Van y vienen mis pies encima del columpio de madera y es como si fueran y viniesen por el tiempo sin moverse de su asiento. Y en ese balanceo que parece adormecerlo todo, florece una lumbre suspendida de lo alto que inquieta los corazones.

Así lo recuerdo yo, como un ir y venir de todas las voluntades trastornadas bajo el fulgor amarillo del cometa. Metida en la cama, mal despierta todavía, oía maullar a las gallinas y rebuznar a los gatos, o eso me parecía a mí, buenamente dispuesta a la extrañeza que se predicaba al paso de la estrella. Desde que aquella bola de fuego gravitaba sobre nosotros, todo eran revoluciones y marasmos, inquietudes y sorpresas. ¿Pero cómo era posible que tanto desarreglo dependiera de una remota lucecita? Antes de dormir, miraba yo el curso del astro desde la ventana, cada noche un poco más a la izquierda del cristal en su camino indescifrable, y recordaba, llena de premoniciones, las palabras que mi abuela me había dicho al atardecer. Hacía muchos años, siendo ella una niña, había visto una estrella como la que yo estaba mirando. Y, mientras se sostuvo en el cielo -aseguraba-, no había dejado títere con cabeza. «¡Ay, madrita, madrita!», suspiraba ella santiguándose ante la enormidad del recuerdo.

Yo, alentada por los pasmos de mi abuela, soñaba con trastornos que suspendieran la existencia. En uno de ellos, el regue-rito que cruzaba el pueblo, con sus piedras menudas y sus hilos de algas verdes, con sus arenas de oro y sus peces transparentes cambiaba de rumbo para correr monte arriba hasta perderse en las alturas. ¿Y por qué no -me entusiasmaba- iban aquellos caudales contrariados a seguir cielo adelante, al encuentro del lucero que confundía su camino? Después, reunidos el fuego y el agua en el cuenco redondo de la estrella, antes de que se perdiera por el horizonte para siempre, debían derramarse en una lluvia hecha de ascuas. Yo me imaginaba recogiendo aquellas lágrimas del cielo, como pepitas incandescentes, por un camino y guardándolas en una cajita, en lo más hondo de un armario. Ya ven qué fantasías. Y cuando estuviera sola y aburrida, marearía las lágrimas en el fondo de aquel joyero, que por dentro parecería un palacio oriental lleno de luces, y las revueltas del agua radiante, con sus figuras y su música sorprendida, me consolarían de congojas. Porque yo era entonces una niña, como todas las niñas que han soñado, llena de ratos de purísima tristeza.

Ahora, después de tantos años, es fácil comprender que acaso viera signos donde no los había, tal era mi deseo de quimeras. Algo que no aparecía y algo que se encontraba por azar, el mal sueño de una noche, un reloj que se paraba podían ser manifestaciones del cometa, tan poco bastaba para conformarme. Pero hubo una extrañeza que acabó por ser unánime en la denuncia de los trastornos que precipitaba la estrella: hacía calor; un calor anormal para diciembre. Todos lo reconocían señalando al cielo. A mí, a pesar de la bonanza, me mandaban abrigada a la calle cada vez que salía, aunque no fuese más que a buscar el pan hasta la esquina. Miren ahora de qué se acuerda una vieja: a los pocos pasos por la acera me quitaba la bufanda y la dejaba desbordándose por algún bolsillo. Entonces iba a la pata coja hasta la panadería, saltando entre urgencias y aprensiones por llegar, porque me prometía que si la bufanda, con aquellos brincos, no se descolgaba hasta el suelo, ganaría un premio, el de comerme el currusco de pan por el camino.

A la vuelta de una de aquellas rondas agitadas a la esquina, con el pan en la boca, me encontré al padrino en casa. Otra rareza. Se dejaba ver solo de vez en cuando porque viajaba mucho. Mi madre, cuando hablaba de él, bajaba la voz y adoptaba un tono severo. No sé qué uniones de recelos, horas, sitios y disgustos teñían aquellas confidencias de las que me llegaban palabras como «tugurio», como «fulana», desalientos como «no tiene remedio». El padrino me hizo las fiestas de siempre, levantándose en vilo y amagando con echarme a volar por una ventana que mandaba abrir a mi padre.

-Que sé yo que vuela, ¡que esta niña vuelaaaa! -gritaba haciéndome girar.

Yo negaba feliz, entre chillidos y risas nerviosas. El entusiasmo que ponía el padrino para mecarme en el aire le faltaba a mi padre para abrir la ventana, y todo se quedaba en aquella ceremonia un poco estridente para lo que se usaba en mi casa.

-¿Y qué pide mi ahijada a los Reyes, vamos a ver? -indagaba en alta voz, en presencia de todos y devolviéndome al suelo aquel hombre altísimo. Yo lo veía como un gigante plantado sobre unos zapatos tremendos que parecían llegar antes que él a todas partes. Luego, todo lo llenaba su perfume y la presencia solemne del traje oscuro con el pico del pañuelo blanco asomando junto a la solapa.

Yo esperaba la pregunta, la deseaba, porque ya sabía que las confidencias que le hacía al padrino acababan, tarde o temprano, resolviéndose a mi favor. La certeza de que él podía cambiarlo todo o influir en el curso de las cosas, la tenía muy probada. Y el hábito de aquella inquisición anual que envolvía a los tres magos de Oriente, me afirmaba en la confianza de que el hombre que me levantaba para hacerme volar tenía alguna familiaridad con aquellos príncipes lejanos y que, con su sim-

<http://www.realbiblioteca.es>